

malandrines, los caballeros andantes del Ensueño, los que velan al amor de las estrellas, mientras los otros duermen en la noche; los que se lanzan al camino, locos de amor y poesía, a recibir afrentas, burlas y pedradas, a cambio de un poco de gloria, de un nombre escrito para siempre en el corazón de la humanidad.

## II

FEMINA INQUIETA Y ANDARIEGA...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

«Fémina inquieta y andariega» apellidaron desdeñosamente a la santa Teresa de Jesús cuando la virgen de Avila se lanzó también por los caminos de Castilla a deshacer entuertos, a reparar agravios, a esparcir por la tierra las simientes de la piedad y del amor. Fémina inquieta y andariega la llamaron los egoístas de su siglo, gentes ramplonas y cobardes como aquellas otras que en la novela quijotil hacen risa y escarnio del heroísmo, de la ternura, de la belleza moral. Pues si las obras y pensamientos de los hombres, de los hombres generosos y valientes, hallan en todas partes resistencia y contradicción, ¿qué serán los pensamientos y las obras de la mujer? Apenas alguna logró subir de los niveles

ordinarios y merecer un poco de gloria, de amor, de honesta libertad, saliéronle al encuentro con agrias voces el prosaísmo, la rutina, los instintos serviles de la multitud.

Con harta elocuencia nos lo mostró el piadoso Cervantes en la segunda salida del ingenioso hidalgo, cuando rendidos del mucho correr y del poco yantar don Quijote y Sancho Panza fueron a dar con sus cansados huesos en la choza de unos pastores, junto a la serranía de Puerto Lápice.

Recibidos allí con esa llaneza aseñorada y afectuosa del castizo pueblo español en todos los tiempos, entonó don Quijote una loa inmarcesible a la vida rústica y pastoril, a aquella dichosa edad y siglos dichosos que merecieron nombre de dorados, y en los cuales andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, solas y libres, sin temer que la ajena desenvoltura las menoscabasen u ofendiesen. Y, como si al par de estas palabras quisiera la realidad traer alguna curiosa moraleja, sonó en la choza el nombre de

una mujer, nacida en próximo paraje, y que tenía revueltos, a la sazón, a todos los mozos de la manchega serranía.

Llamábase Marcela, y vivió desde niña bajo la custodia de un clérigo tío suyo, y beneficiado en el lugar. Huérfana y rica, hermosa como aquellas Galateas, Dianas y Circes de la musa bucólica; discreta, amable y honestísima, como educada que fué con el recato y la mesura convenientes, apenas se abrieron las rosas de sus quince años comenzó a despertar, no solamente en su aldea, sino en todas las comarcas, el amor y la codicia de los más cabales garzones.

El beneficiado, tutor de la moza, no hallaba punto de reposo denegando solicitudes matrimoniales, porque la sobrina, poco inclinada a las imaginaciones de la primera juventud, mostraba deseos de permanecer soltera mientras su corazón no correspondiese a un tierno reclamo, y el tío, prudente y celoso, respetaba aquella firme voluntad.

Con la certidumbre de que la bella desdenosa a nadie prefería, fué creciendo el

número de los esperanzados y el cerco amoroso alrededor de Marcela; hasta que un día, cuando era mayor la curiosidad de los vecinos y la inquietud de los galanes, aparecióse la gentil muchacha vestida con arreos de pastora, bien determinada a guardar su propio ganado por valles y espesuras, y a desoír, en absoluto apartamiento, las querellas de sus pretendientes.

Contábase enamorada sólo de las flores y de los árboles, de las mieses y los arroyos, y no ambicionaba más compañía que la de otras zagalas de sus años, humildes pastorcillas.

Dijo que trocaba con gusto las blanduras del hogar por la aspereza del alcor; las galas de la fortuna, por el canto de las aves y los retozos de las cabrituelas; y el ponderado yugo matrimonial, por la libre condición de una santa doncella.

No fueron parte a disuadir a la moza de tan bizarro propósito las súplicas de amigos y parientes ni mucho menos los tristes ayes de abandonados amadores. Y sucedió que, cuando quiso de aquel modo po-

ner tasa a los afanes que sugería, viólos más encendidos y aventados. Porque así que ella dió libertad a su hermosura y discretas razones, hiciéronse más patentes sus encantos y virtudes, y hallóse como nunca perseguida y codiciada.

Por contemplarla y merecerla, enamorados hasta la locura, fuéronse, errabundos, al bosque y al otero muchos galanes de la niña. Allí se daban a las más tristes penitencias de amor, componiendo canciones entre suspiros y lágrimas, poblando las silvestres soledades con lamentos y estrofas. Cada remanso cristalino conocía algún pálido semblante; cada rumor de aguas o de brisas llevaba el eco de un sollozo, y, esculpido bajo una corona, el nombre de Marcela campaba en los troncos de los árboles, proclamándola reina y señora de aquella errante servidumbre.

En la cual formaba un joven de las cercanías llamado Crisóstomo, hijodalgo, rico, muy descollante por su agraciada figura y raros merecimientos.

Había seguido estudios en Salamanca

y era muy versado en Astronomía, gran coplero y buen letrado. Pero así que vió a Marcela no tuvo otro designio que servirla, y, despojándose del ilustre hábito escolar, ciñóse el pellico de pastor, asió el cayado y puso todas sus ambiciones en merecer el amor de la bellísima pastora.

No negaba ella la dulce palabra ni la afable sonrisa a sus compañeros; pero en tratándose de amores, los despedía severa, firme en su devoción a la vida inocente de los campos y a la augusta paz de las montañas. Allí su espíritu aprendió a desdoblarse con vuelos cada vez más sutiles y a subir hacia Dios lleno de místicos fervores, alabándole y bendiciéndole en yerbas y plantas, astros y nubes, fuentes y paisajes.

Cuando en más hondas ternuras se derretía con extática beatitud, la motejaban de orgullosa y de cruel los desengañados amantes, acusándola de hermosa y de ingrata, como si su belleza fuese un delito y su casta inclinación un pecado.

—Eres como la espada y el fuego para nuestros corazones—la decían.

Y con grave cordura sabiales contestar:

—Lejos de vosotros me puse, ¿por qué me seguís...? Ni os consentí ni os engañé, ¿de qué me culpáis?

Crisóstomo, el más obstinado pretendiente de Marcela, cansado de endechar y de gemir, dió en adolecer, y, un triste día, expiró con el nombre de su amada en los labios, luego de rogar a un fiel amigo que le enterrase en el mismo sitio donde la pastora le había negado por última vez toda esperanza.

Corrió la nueva de esta desdicha, y los zagales de las inmediaciones llegaron en tropel a solemnizar el entierro con muchos llantos y plañidos. Vestían pellicos negros, coronaban la frente con adelfas, tejo y ciprés, y hendían los aires pregonando en Crisóstomo virtudes, y perfidias en Marcela.

Había dispuesto el infeliz amador que

antes de sepultarle diesen fuego a sus papeles, allí sobre la memorable tierra que tanto sabía de aquel extraño infortunio. Y junto al cadáver ardieron ante la desolada comitiva los manuscritos donde cantó el poeta el amor y las gracias de la pastora.

Algunas páginas quiso llevarse el viento, y arrebatándolas un zagal, comenzó a leerlas en alta voz. Tenían por título *Canción desesperada*, y eran tan angustiosas y afligidas, que en oyéndolas redoblaron los concurrentes sus imprecaciones contra Marcela, en el instante en que la niña asomaba su lindísimo rostro por la altura de un cerro.

—¿Vienes a gozarte en tu maldad?—la preguntó airado el íntimo camarada de Crisóstomo.

—No—dijo con acento claro y firme—; vengo a compadecer vuestra locura y a justificar la inocencia mía. Yo no maté a tu compañero ni tuve parte en su fatal delirio. El se arrojó a perderse contra mis intenciones, bien advertido y desengañado de su temeridad... Si me halláis hermosa,

porque a Dios le plugo, no es esa una razón para que tratéis de obligarme a querer; que de haber yo nacido fea tampoco os había de forzar a pretenderme. Dueña soy de mis sentimientos, contra los cuales ninguna violencia humana tiene poder, y ellos me inducen con alta vocación a vivir sola y tranquila en esta sierra, elevando mi alma desde las cumbres a los cielos para aprender entre plegarias y meditaciones una dichosa ruta que me lleve hasta Dios.

Desapareció la doncella en pronunciando este noble discurso, llevándose cautivos más que nunca los varoniles corazones.

Trataron algunos mozos de correr tras ella, ciegos de la amorosa locura, mal advertidos de tan patente desengaño; pero en esta sazón adelantóse don Quijote, que acompañaba al fúnebre cortejo, y, puesta la mano en el puño de la espada, dijo con firme voz y resuelto ademán: —Nadie se atreva a seguirla; nadie la estorbe ni mortifique, y en paz viva como bendito

plo de las zagalas de la edad de oro. Yo la defiendo y amparo; yo admiro en esa moza las pulcras intenciones, las cristianísimas virtudes, la honesta y santa libertad. A más alto amor que el que vosotros la ofrecéis, con tanta impertinencia, se encaminan los puros deseos de su alma; pues si nació mujer, y como tal la quisiérais débil y complaciente, sumisa y dócil a vuestra codiciosa voluntad, fuerzas tiene y espíritu dentro de sí para buscar a Dios en las inmortales cumbres y alzar el vuelo a la morada primera...

Todos callaron sobrecogidos de emoción. Dióse tierra a Crisóstomo y ceniza a sus tristes cantares, y don Quijote, el paladín de Marcela, siguió el camino de sus aventuras con la dulce imagen de la niña en el pensamiento.

Desde entonces la pastorcilla de la Mancha vive como un símbolo en páginas eternas. Es, para el arte pagano, Artemisa la hermana de Apolo, casta diosa de los altos goces, llena de la gracia lunar, personificación de la celeste luz. Para el sen-

timiento cristiano es la virgen pulcra y austera, mística rosa de la soledad, peregrina del divino amor. Y es en el libro cervantino una hermana espiritual de don Quijote, una de esas «féminas inquietas y andariegas», soñadoras del Ideal, a quienes persiguen con calumnias y alteradas voces el egoísmo, la rutina, los instintos impuros y crueles de la ciega multitud...

